

---

# PSOE Y PSI: SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

## Gianni Baget-Bozzo

---

### *XXIX CONGRESO...*

---



Las afinidades profundas que unen a Italia y a España no han llegado a ser nunca verdaderas semejanzas, y menos todavía auténticas influencias. Cuando terminó la unidad dinástica que vinculó bajo los Borbones a España y a la Italia meridional, acabaron también las relaciones culturales entre Italia y España. Para Italia, España se convierte en el pasado del que emerge, el ejemplo que no hay que imitar. Y ello continúa, sea durante el fascismo a causa de la guerra civil española, bien sea después del fascismo en razón de la larga permanencia del régimen franquista en España. Por este motivo, las afinidades, e incluso el patrimonio moral de la participación del antifascismo italiano en la guerra civil española, no han llegado a construir el principio de una urdimbre de relaciones eficaces y queridas entre dos países demasiado próximos en su cultura, y demasiado distintos en su temperamento y en la historia como para poder integrarse de manera espontánea.



Y, sin embargo, cuando los atónitos telespectadores italianos contemplaron a la hora de la cena a Tejero y sus hombres disparando al aire, y a los di-

**El catalizador de la crisis española es el mismo de la crisis italiana: el terrorismo y el fracaso de las instituciones democráticas para contenerlo y superarlo.**

putados desapareciendo bajo los escaños, comprendieron de golpe cuán ligados estaban los destinos de ambas penínsulas. La crisis de la democracia italiana del veintidós había sido la premisa de la crisis de la democracia española del treinta y seis; el fascismo italiano, la condición del franquismo español; y, hoy, una crisis de la democracia española hubiera sido la premisa de la crisis de la democracia italiana. El catalizador de la crisis española del 81 es el mismo de la crisis italiana contemporánea: es decir, el terrorismo y el fracaso de las instituciones democráticas tanto para contenerlo como para superarlo.

Tanto en Italia como en España, los partidos socialistas ocupan la escena del futuro. Ninguno de los dos se halla en fase de crecimiento, sino que se encuentran ante el poder de un partido de tipo moderado. Existen profundas diferencias entre UCD y DC. El partido de Suárez, si es que todavía puede definirse así, no tiene las raíces profundas que posee en la historia y la sociedad italianas la DC. Como partido, la UCD es poco más que una conexión provisional de fragmentos. Es curioso que dos de los fragmentos más relevantes, el democristiano y el socialdemócrata, traten de buscar una autonomía. Y que el segundo dé la impresión de ver un posible destino diferente en una confluencia, al menos electoral, con el PSOE. La fuerza que está detrás de la UCD es el *stablishment* del antiguo Estado franquista, que ha aceptado pagar el precio de un rostro democrático para obtener la legitimidad dinástica y la legitimación internacional, pero que no está dispuesto a disolverse en ese rostro.

La comparación con España también

es sugestiva respecto de los asuntos italianos, porque pone de relieve las condiciones no democráticas implícitas en la gestión democristiana en Ita-

lia. También aquí nos encontramos con un problema español, ya que las condiciones *democráticas* del gobierno democristiano vienen dadas a partir de la relación especial existente entre la DC y los Estados Unidos, y que se expresa en la adhesión de Italia a la OTAN. La adhesión a la OTAN ha llevado al país a una situación singular: no todos los vínculos y las servidumbres que se derivan de la Alianza son conocidas públicamente. Existe una zona indefinible de *soberanía limitada*, merced a la cual se ha legitimado en varias ocasiones cierta *estrategia de la tensión*, que es una manera cauta, italiana, de indicar la preparación de un golpe de Estado, a ser posible incruento. Y a esta zona, en lenguaje leninista y maoísta, suelen referirse los comunicados y las declaraciones del terrorismo de izquierdas. En el poder democristiano en Italia opera algo más que la DC: del mismo modo que existe algo más que la UCD en el partido que gobierna actualmente en España. La razón por la cual los italianos han sentido que la aparente fábula televisiva del *tejerazo* —que sus aparatos grababan y transmitían— les afectaba también a ellos (*de te fábula narratur*), era que veían aflorar en su conciencia la condición de soberanía limitada en la que viven. El argumento que circula en España, según el cual la adhesión a la OTAN constituye una garantía contra el golpe, en Italia no puede obtener más que un muy escaso crédito. Aún en este aspecto los diversos destinos vienen a encontrarse.

Son muchos los italianos (y no me refiero en particular al PCI, en el cual anida el temor de que dudar de la OTAN convierta al comunista en sospechoso de secreta adhesión al Pacto



de Varsovia) que empiezan a dudar de que la OTAN les haga más libres y más seguros, como reza la divisa de la Alianza. Y creo que ésta es una verdad extensiva a lo españoles.

El adversario moderado del PSOE es menos diferente del oponente del PSI de lo que parece.

Por el contrario, el rival comunista italiano del PSI es mucho más poderoso que el rival comunista español del PSOE. El PCI debe su implantación en las masas, única en Occidente, al modo como se produjo en Italia la crisis del fascismo. El fascismo había politizado zonas en la sociedad italiana que los partidos prefascistas no habían tocado jamás: el Mezzogiorno, las mujeres. Además, en los últimos años había desarrollado una formación política extemadamente crítica sobre la burguesía en tanto que categoría espiritual, y había cultivado propagandísticamente el mito del *hombre nuevo*.

Cuando la derrota militar arrolla a Mussolini, todo el edificio del Estado, construido en los decenios de la unidad italiana, entró en crisis: el Ejército no pudo oponer una resistencia frontal al Reich alemán; la Monarquía huyó detrás de las líneas angloamericanas. En un país abandonado a su suerte, los partidos políticos ofrecieron la única imagen de existencia política posible. En los años del fascismo, los comunistas habían sido marginados; pero ahora, el modelo de cuadro acuñado por ellos vino a revelarse como el más adecuado para crear una estructura política, tanto en el centro como en la base, lo mismo frente a los americanos que en la lucha contra los alemanes. El PCI ha constituido un elemento esencial en el paso del fascismo a la democracia, gracias precisamente a su estructura leninista y tercerointernacionalista por el tipo de hábito mental, por los cuadros y por la actitud que la III Internacional suscitaba. Y,

---

**Son muchos los italianos que dudan de que la OTAN les haga más libres y más seguros. Y creo que ésta es una verdad extensiva a los españoles.**

---

dentro de esto, otro elemento esencial fue la dirección de Togliatti, eficaz, justamente, en la medida en que venía bendecida desde el corazón mismo del poder soviético, puesto que gozaba de la confianza de Stalin. Por tanto, un partido tal se hallaba en condiciones de heredar el tipo de politización de las nuevas masas que el fascismo había creado. Fue así como el PCI se instaló —con una fuerza política considerable— en zonas (Toscana, Emilia, Umbría) donde la fuerza del Partido Socialista antes de la guerra, e incluso en la inmediata postguerra, no había alcanzado tales cotas. Gracias a una dirección política centralizada, el PCI pudo constituir una especie de estructura política primaria, que englobaba o daba forma —en algunas

partes de Italia— a todo el tejido social, político y cultural. Y aunque el proceso de secularización de la sociedad italiana ha reducido fuertemente la

concentración de los individuos y de los grupos sobre los temas sociales y políticos, esta figura del PCI, sin embargo, se ha mantenido viva, tanto en la conciencia de sus militantes y electores como en el propio temperamento político del Partido. Así, se ha sentido no tanto como una fuerza de oposición cuanto como una fuerza constitucional, garante del Estado y, por tanto, legitimada para actuar como forma de Gobierno. Siempre alimentó la pretensión de ser reconocido como fuerza de Gobierno por parte de las instituciones políticas, económicas y sociales, en particular por la Iglesia, por el papel que ésta desempeña en Italia.

Todo esto ha acabado por configurar la imagen de un partido comunista único, bastante distinto de los partidos comunistas occidentales; tal vez, paradójicamente, a medio camino entre éstos y los partidos del Este. Al igual que un partido del Este, el PCI se siente incorporado en las instituciones, insepa-



rable de éstas. Las diferencias más importantes entre el PSI y el PSOE proceden, precisamente, del tipo diferente de partido comunista que cada uno tiene al lado.

En muchos aspectos, el PCE puede ser considerado *copiado* del modelo del PCI. No es en absoluto casual el hecho de que el PCI y el PCE hayan aceptado el término *eurocomunismo* (a pesar de que este término no signifique nada y no haya recibido ninguna elaboración teórica) y se autodefinan *a priori* como *tercera vía* entre la socialdemocracia del Oeste y los *socialismos reales* del Este.

El intento de definición de *eurocomunismo* se ha agotado prácticamente. Puede decirse que eurocomunista es aquél partido que acepta el método democrático y, por consiguiente, se somete al juicio del cuerpo electoral, abandona el gobierno si resulta derrotado, respeta las libertades democráticas en el ejercicio del poder, no exige la adhesión a una visión del mundo como condición para la afiliación a un partido y, por tanto, tolera una pluralidad cultural dentro del partido mismo.

El problema que plantean los soviéticos a los eurocomunistas es, en definitiva, el de en qué sentido un partido eurocomunista puede llamarse todavía comunista, si se acepta el término comunista como ligado, al menos históricamente, a la Revolución de Octubre. Y, en todo caso, no es otro el problema que se había planteado en el debate entre socialistas y comunistas en Italia: en suma, si el leninismo ha dejado de ser el fundamento teórico de la definición de un partido comunista, se viene abajo la base de la distinción de principio entre socialistas y comunistas.

En realidad, el PCI jamás ha logrado liberarse de este problema: a partir del momento en que el leninismo ya no es un principio, sino solamente una expe-

riencia histórica, ¿cómo puede existir una diferenciación de principio entre un partido socialista occidental y un partido comunista?

La diferencia, sin embargo, existe; y el Congreso del PCE ha venido a ponerla en evidencia. Un partido comunista puede tolerar diferencias culturales en su interior, pero a condición de que no se conviertan en diferencias políticas.

Resulta una sabrosa historia paralela el hecho de que, mientras el problema se les plantea al PCI y al PCE, y el avance se expresa en ambos a través de la realización de las corrientes, este asunto se discuta también en el seno de los partidos moderados que detentan el poder en Italia y en España. Los argumentos de R. Sahagún contra la Plataforma democristiana están en perfecta correspondencia con los de Carrillo contra los renovadores. En Italia, los jefes de fila de las corrientes democristianas practican el más riguroso *corrientismo* y declaran que precisamente esto es lo que mata a su partido. En realidad, el problema de las corrientes en un partido de izquierda y en un partido moderado, conservador, constituye un problema profundamente distinto. En un partido de izquierda, las corrientes representan culturas distintas; en un partido moderado, que no tiene problemas de mutación, sino de conservación del sistema, las corrientes expresan solamente grupos de poder. El caso de la DC italiana es altamente significativo a este respecto.

Por tanto, el problema de las corrientes es muy distinto en un partido que se proponga la transformación de la sociedad, como es el caso de un partido comunista, que en un partido moderado. El partido de izquierda debe expresar

de alguna manera en sí mismo los principios mediante los cuales quiere reformar la sociedad. Y es entonces cuando surge el problema: en qué medi-

**Si el leninismo ha dejado de ser el fundamento teórico de un partido comunista, se viene abajo la base de la distinción de principio entre socialistas y comunistas.**



da la superación de la idea leninista de la sociedad es compatible con la conservación de la figura y de la estructura leninistas del partido.

**El problema del PSOE es obtener la mayoría dentro del presente equilibrio político-constitucional; el del PSI consiste en modificar ése equilibrio.**

Es éste un problema latente en el PCI; pero, de hecho, implantable. En el último Congreso del Partido, el único argumento invocado por Berlinguer en pro del centralismo democrático fue el siguiente: nadie ha pedido su sustitución. Pero justamente esto era lo que el aparato se había empeñado en evitar. Un intelectual comunista, Salvatore Sechi, que hacía tiempo que planteaba abiertamente este problema, ha tropezado con dificultades para renovar el carnet del Partido. En cambio, posturas culturales distintas e incluso en sustancia hostiles, pueden esperar dentro del Partido siempre y cuando no cuestionen el hecho del centralismo democrático. La posición actual del PCI le impide suministrar argumentos a quien quisiera defender el centralismo democrático como cuestión de principios.

El ejemplo polaco plantea ahora un serio problema al PCI: ¿es posible que un partido del comunismo real —en el terreno de la democracia y la libertad en la vida del partido— sea superior a un partido eurocomunista, es más, al *partido-guía* del eurocomunismo? Este problema fue planteado en el Congreso del PCE. A pesar de la victoria, en términos numéricos, resulta insostenible la voluntad de Carrillo de mantener la estructura del centralismo democrático y el principio leninista de la sujeción de la minoría a la mayoría. Tal presentación amenaza con provocar la fractura de hecho del PCE y permitir un flujo de votos comunistas hacia las listas socialistas. Y, sin embargo, se comprenden las razones de Carrillo, al igual que las de Berlinguer; una vez que cae por tierra la última diferencia leninista entre partidos comunistas y socialistas, entonces la autonomía ide-

al y la existencia política de los partidos comunistas está en el aire.

En España, para un observador exterior, este problema parece estar madu-

ro. En Italia, en cambio, se complica por las dimensiones y por el papel histórico, social y político del PCI. No parece imaginable el hecho de una absorción o de un colapso del PCI en beneficio del PSI en condiciones políticamente determinantes. Pero ello plantea, sin embargo, el problema del cambio interno del PCI en términos más graves y decisivos para la democracia italiana de cuanto pudiera suceder con el PCE en relación con la democracia española.

Las relaciones entre el PCE y el PSOE están más cerca de las que la victoria de Mitterrand ha establecido entre el PSF y el PCF en Francia, que las que existen en Italia entre el PCI y el PSI. En Italia el PSI no está en condiciones de practicar una alianza de izquierda, o de patrocinar mecanismos electorales que la favorezcan, porque cualquier situación de polarización a la izquierda que pudiera emprender el PSI colocaría a éste, habida cuenta de la correlación de fuerzas, a merced del PCI. Esto constriñe al PSI a un difícil juego táctico y, por ende, a apuntar hacia la construcción de una alianza entre el PSI y las fuerzas políticas laicas moderadas capaz de constituirse en alternativa a la DC, y de debilitar al PCI. De ahí la realidad actual italiana expresada por gobiernos de coalición conflictivos entre la DC, el PSI y los partidos laicos: gobiernos que nunca tienen una vida larga.

En tanto que el problema fundamental del PSOE es el de obtener la mayoría dentro del presente equilibrio político-constitucional, el del PSI es mucho más complejo; consiste en modificar el equilibrio político constitucional para permitir a la mayoría social expresarse como mayoría política.



El lenguaje que Mitterrand ha empleado en Francia conviene perfectamente al caso italiano.

De este modo, en las diferencias entre las estrategias y las tácticas del PSI y del PSOE aparecen las diferencias fundamentales entre el equilibrio político y constitucional de Italia, por un lado, y de España por otro.

El problema político y constitucional italiano nace del agotamiento del modelo de equilibrio político y constitucional surgido de la crisis fascista. Dicho equilibrio se orientaba a garantizar sobre todo la autonomía, la pluralidad y la competencia de los partidos.

Como el golpe fascista se había consolidado mediante la creación de un sistema electoral mayoritario, el sistema electoral adoptado se inspiró en el más riguroso criterio proporcional. El intento de la DC y de los partidos de centro, en 1953, de variar el sistema electoral en el sentido mayoritario, previendo un premio de mayoría para el partido o los varios partidos de *alcance* nacional que hubieran superado el 50 por 100 de los votos emitidos, se saldó con una derrota. Los partidos favorables al nuevo sistema no lograron el 50 por 100 y fueron acusados de haber violado las leyes morales igualitarias de la democracia italiana en lo referente a los partidos.

Además, dado que el sistema fascista había supuesto la transformación del Parlamento en cámara de corroboración de las decisiones del Gobierno, tanto la Constitución como los reglamentos y la práctica parlamentarios han subrayado fuertemente la autonomía de las Cámaras.

De ahí viene, en concreto, la transferencia a las sedes institucionales de los partidos —y, por tanto, fuera de los organismos constitucionales— del ligar de la efectiva decisión política.

Ello ha producido un sustancial de-

caimiento del papel autónomo del Parlamento. Pero, como en realidad el reglamento de las dos Cámaras tutela fuertemente los derechos de las minorías, el Gobierno se ha visto obligado a tener en cuenta —al determinar sus iniciativas— el grado de aceptabilidad o el nivel de resistencia que aquéllas podrían encontrar en los partidos de la oposición. Esto ha conducido a la crisis de la institución de la mayoría parlamentaria. Para poder funcionar, el Gobierno necesita cierto nivel de asentimiento de la oposición, y de manera particular, habida cuenta de su número, de la oposición del PCI; por consiguiente, ha llegado a convertirse en la condición para recorrido parlamentario de una ley. Por lo demás, puesto que la tutela de los de-

---

**El problema político  
y consitucional italiano  
nace del agotamiento  
del modelo de equilibrio  
de la crisis fascista.**

---

rechos de cada diputado es muy alta, resulta basta fácil en el recurso a la obstrucción parlamentaria. Más tarde, un partido que siempre ha formado parte

de la mayoría del Gobierno de la República, la DC, ha prestado una singular contribución a la crisis de la mayoría parlamentaria en tanto que institución política efectiva. De hecho, el reglamento prevé el voto secreto sobre las disposiciones de gobierno siempre que lo solicite un número determinado de diputados. Ultimamente, los democristianos suelen unir sus votos, cuando se trata de votación secreta, si ello supone debilitar a un gobierno o a un ministro en concreto, o bien dificultar, si no hacer imposible, la aprobación de una determinada decisión de gobierno.

En su reciente Congreso, el PSI ha propuesto lo que el secretario general Craxi ha llamado la *gran reforma*, y que aborda aspectos institucionales y aspectos de práctica política y parlamentaria. De hecho, una dirección política socialista es incompatible con la presente organización de la vida parlamentaria. Si se mantiene la insti-



tución del voto secreto, un gobierno socialista que dependiera de los votos democristianos se desgastaría por el sistema de la ruptura de la disciplina de voto en el secreto de las urnas. Los democristianos, que con este sistema han hecho caer gobiernos dirigidos por uno de los suyos, no dudarían en hacerlo en el caso de que la dirección del gobierno estuviese en manos socialistas.

Mientras que en Francia las instituciones de la V República han ofrecido su marco espontáneamente a una política de dirección fuerte de la cosa pública, en Italia la dificultad mayor con que tropieza la iniciativa del PSI no es la que oponen los democristianos o los comunistas, sino la que presentan las instituciones. El PSI no puede llegar a ser verdaderamente una alternativa y, de este modo, permitir a toda la izquierda (incluido el PCI) el convertirse en una fuerza concreta de gobierno, sin afrontar transformaciones significativas en el actual marco institucional. Por eso, no es una casualidad que en el seno del PSI hayan madurado posturas y surgido propuestas sobre una reforma constitucional, incluso en un sentido presidencialista. Si se votase hoy en Italia con el mismo sistema constitucional y electoral francés, es bastante probable que se obtendría el resultado de un presidente socialista de la República y una fuerte afirmación del PSI a expensas del PCI. Precisamente por esto, las resistencias a la reforma del sistema constitucional y de la propia ley electoral son tan fuertes en el PCI, a pesar de que el secretario general de ese partido, Enrico Berlinguer, describa con caracteres dramáticos la situación política italiana, hasta el punto de decir que el elector «vota bajo coacción».

Ciertamente, el PSOE, que hace sólo tres años ha votado una Constitución, no se halla frente a los problemas de una Constitución desgastada y avejen-

tada por lo que se ha dado en definir el «sistema de poder democristiano».

Sin embargo, existe un problema que no se da en Italia y que, en cambio, ha revestido un aspecto preponderante en España: el problema de las autonomías nacionales y regionales.

Es este el aspecto más nuevo de la igualmente nueva situación política española; un impulso singularmente vigoroso de los diferentes pueblos de España. España ha tenido una estructura unitaria e imperial que, en los tiempos modernos, Italia no ha tenido. La unidad italiana es reciente; incluso las autonomías regionales han sido obra de los partidos, no fruto del impulso de los pueblos, salvo en casos límites y acompañadas de complicaciones étnicas o lingüísticas (Alto Adigio, Valle de Aosta...), y geográficas (las insularidades siciliana y sarda). Jamás ha habido en Italia, país dividido en multitud de Estados hasta 1860, algo similar a los *nacionalismos* y regionalismos españoles. Cabe preguntarse si no se esconderá en esto algún tipo de reacción al mito de la hispanidad, en la forma que éste adoptó bajo el franquismo. Por lo demás, el fenómeno de la crisis de identidad nacional, más o menos viva en toda Europa occidental, en Italia asume la forma de indiferencia hacia todas las manifestaciones de identificación histórica, incluida la regional. La escasa participación de los electores en las votaciones, incluso en Cataluña y el País Vasco, inclina a pensar que algo parecido pueda darse en el resto de España. Con todo, el fenómeno de los partidos nacionales y, sobre todo, la conexión del terrorismo con el problema de la nacionalidad vasca otorga en España a este problema un significado particularmente destacado y, en el caso vasco,

dramático. Después del 23-F, el PSOE ha tenido que volver a plantearse en términos distintos el problema del marco nacional dentro del cual acoplar los fe-

**Es éste el aspecto más nuevo de la igualmente nueva situación política española; un impulso singularmente vigoroso de los diferentes pueblos de España.**



nómenos de las autonomías, bien el del artículo 151 (la vasca, la catalana, la gallega y con toda probabilidad la andaluza), o bien las autonomías insti-

---

**El PSOE, en su conjunto,  
tiene el camino más despejado  
que el PSI para la conquista  
democrática  
del poder.**

---

tuidas de acuerdo con el artículo 143. Todavía no está resuelto el problema de las relaciones con los antiguos órganos de la descentralización, las Diputaciones. Para encontrarle una solución, el PSOE ha tenido que aceptar una colaboración con un gobierno de UCD dirigido por Calvo-Sotelo, con un perfil político más bajo que el que ofrecía el que dirigía Adolfo Suárez.

Así pues, también el PSOE tropieza con un problema constitucional; un problema constitucional que, de suyo, requiere la colaboración con los partidos moderados: sea con el partido del gobierno a nivel central, pero implicando a los partidos nacionalistas (vascos y catalanes), sea en el ámbito del Congreso, o bien sea en el de las instituciones de las nacionalidades, o sea, en fin, con los partidos nacionales en el plano local que mantienen vivo un sentido de la autonomía. La cuestión *nacionalista* y regionalista opera en el seno del PSOE, como también en el del PCE. Esto se ha podido comprobar en el nacimiento del Partido Socialista Andaluz, en la fuerte autonomía del PSUC con respecto al PCE, etc.

Después del 23-F, el PSOE propuso la coalición en el Gobierno a la UCD, una posición que, por motivos incluso corporativos, el PCE había matenido siempre. El gobierno de Calvo-Sotelo se prestaba mejor que el de Suárez a tal objetivo, por carecer de una impronta partidaria acusada y porque indicaba incluso la formalización de las tensiones internas en la UCD. Justamente por eso, Calvo-Sotelo, consciente de su debilidad política, rechazó la oferta. Lo que ha quedado ha sido una *concertación* muy limitada, conversaciones entre los cuatro partidos nacionales, concluidas con un acuerdo de

programa legislativo que tan sólo la UCD y el PSOE han suscrito. Sin embargo, la nueva normativa sobre las comunidades autónomas ha sido criticada

por los partidos nacionalistas y regionalistas, porque la interpretan como una limitación del desarrollo concreto de las autonomías, al otorgar poderes demasiado amplios a las Diputaciones. También el PSOE se encuentra frente a problemas que no se limitan simplemente a la formación de una mayoría política, sino que tienen un perfil constitucional. Sin embargo, el PSOE, en su conjunto, tiene el camino más despejado que el PSI para la conquista democrática del poder. Pese a las apariencias, pese al *tejerismo*, al terrorismo de ETA y a las presiones para el ingreso de España en la OTAN, el problema español ofrece un nivel de solucionabilidad racional, mientras que el italiano parece un auténtico rompecabezas. Lo cual permite tan sólo adivinar un movimiento únicamente cuando se ha culminado el precedente.

El PSI y el PSOE son partidos diferentes, sobre todo en razón de la diversidad de las situaciones italiana y española. Considerados en sí mismos, ambos partidos revelan semejanzas bastante profundas.

En el uno y en el otro se ha llegado a la maduración de las respectivas ideologías. En el PSI, el proceso de maduración se ha concluido, sobre todo, con la superación de la concepción comunista, del leninismo y del stalinismo. Durante la Resistencia y hasta 1956, el PSI identificó de hecho la causa del socialismo con la de la URSS. Cuando esta idea entró en crisis, no fue sustituida por ninguna otra. Si en el PSI hubo un debate político ulterior al que cupiera otorgar el carácter de ideológico, ése fue el de la superación de la tradición neutralista del partido y la aceptación del Pacto Atlántico. El PSI se había definido políticamente



siempre, incluyendo su definición ideológica en su definición política. En el PSI no es concebible un debate como el que contrapuso el *sector crítico* a Felipe González sobre la cuestión del marxismo. Ahora bien, el tipo de resistencia que había practicado el PSOE bajo el franquismo, una resistencia que adolecía de salidas operativas, tenía que desembocar en la atribución de un peso desproporcionado a las cuestiones ideológicas.

Tanto el PSI como el PSOE se definen políticamente, pero no en el plano ideológico. Los dos han recibido, ciertamente, el influjo del SPD alemán más que el del PS francés; incluso por razones vinculadas a su posición política respectiva: bien el PSOE o bien el PSI debían colaborar con el partido moderado español o italiano. El SPD también había llegado al poder gracias a la gran coalición con los partidos democristianos alemanes.

El carácter político y no ideológico de las definiciones confiere a los dos partidos una gran adaptabilidad a las exigencias políticas y a las demandas de la opinión pública, y nutre su carácter democrático. Las diferencias internas no revisten un carácter ideológico, y por eso mismo no son rígidos. Y, no obstante, ello no priva de un fuerte sentido de la identidad del partido. Por este motivo, los dos partidos están en condiciones de expresar un *leadership*, que nadie objeta; lo que indica el carácter profundamente unitario y, por ende, la capacidad de identificación política de los militantes con su partido. Hoy, ambos partidos se ven impelidos por una favorable expectativa electoral y tienen ante sí un partido moderado disgregado e incapaz de proporcionar una guía al país.

Traducción: J. A. MATE SANZ

---